

—Sí, se salvarán; te lo prometo en nombre de Dios. Se salvarán, porque tú has hecho un sacrificio, y no un crimen, porque tú estás hoy inocente y pura, como el día en que tu madre te mecía en la cuna. Ruega á Dios, porque él es el dueño de los corazones de los hombres; pero pídele la misericordia para tu padre y tu esposo y el perdón para los asesinos. Porque ellos, hija mía, son más desgraciados que tú. Si tu padre muere, yo te recibiré en mis brazos y en mi amor, y tendrás una madre en la tierra y un padre en el cielo; pero ellos, niña, tendrán el juicio terrible del Señor.

Las dos niñas se arrodillaron delante de la Virgen de los Dolores, y rezaron.

De repente, y como movida por un resorte se paró Manuela, é interrumpió su rezo.

—¿Cómo te llamas? dijo á la muchacha.

—Teresa, señora, respondió tímidamente.

—Pues bien, Teresa, si quieres salvar á las víctimas, es necesario que me sigas. Pero nada de llanto, ni de gemidos. Es menester valor. ¿Lo tendrás?

Teresa se levantó y con una voz firme, le contestó:

—Vamos donde usted quiera, señora. Estoy pronta.

Sus ojos azules estaban secos, y sólo en sus mejillas brillaban como unos diamantes dos gruesas lágrimas.

Las dos jóvenes salieron de la casa seguidas de un soldado, y como unas fantasmas desaparecieron entre la niebla de la noche.

## V

Aunque Hidalgo fué recibido con demostraciones de júbilo en Guadalajara, la ciudad, sea porque ese júbilo en tiempo de revueltas y guerras es efímero y muchas veces falso, sea porque la política había olvidado encender los faroles, y el cielo cuidado de ocultar con las nubes las más pequeñas estrellas, ó sea, en fin, porque las gentes estaban aterrorizadas por las ejecuciones que se habían mandado hacer, la ciudad estaba solitaria, triste y sombría. Manuela y Teresa deslizándose como una aparición del otro mundo en medio de las tinieblas de la noche, llegaron á un edificio de buena apariencia, donde era la cárcel, ó al menos donde estaban encerrados los españoles presos por causa de la conspiración que se dijo iba á estallar. Al llegar cerca de la puerta el centinela dió el "¡quién vive!" el asistente respondió y en seguida preguntó, por orden de Manuela, á uno de los soldados, dónde se hallaba Cayetano.

—Muy ocupado está, por cierto; se halla por las barrancas matando prisioneros.

Esta contestación, dada con mucha sencillez por el soldado, llegó á los oídos de Teresa, la que iba á dar un grito; pero Manuela le estrechó la mano, y le dijo:

—“Acuérdate que me has prometido tener valor.”

Teresa estuvo quieta, estrechando solamente con una fuerza convulsiva la mano de Manuela.

Manuela se dirigió al soldado, y le dijo:

—¿Quieres ganar una onza?

—Sí, señora.

—¿En cuánto tiempo puedes ir á dónde está Cayetano y decirle que dos mujeres hermosas desean hablarle?

El soldado reflexionó, y contestó:

—En una hora.

—Pues como vayas y vuelvas en media hora, tendrás dos onzas. Toma una, y la otra te la daré cuando vuelvas.

—Esto es cosa de morir ahogado de fatiga; pero no importa, voy.

El soldado echó á correr.

Las dos jóvenes se sentaron en el quicio de una puerta, delante de un fogón, y pasaron veinte minutos en una agonía mortal. Antes de la media hora vieron voltear la esquina dos hombres: uno era el soldado y el otro Cayetano.

—Te prometo darte más de cien cuchilladas si me has engañado, le decía Cayetano al soldado.

—Señor, juro á usted que dos mujeres me han mandado que lo busque, y estaban aquí hace un rato.

Las dos muchachas, que oyeron esto, se pusieron en pié, y el soldado alegrísimo, dijo:

—¡Eh! ¿ve usted cómo le decía la verdad?

—¡Eh! replicó Cayetano, parecen unas fantasmas con esos tunicos y esos rebozos negros. Con mil diablos, caigo en la cuenta que han de ser algunas lloronas que vienen á pedirme que perdone á esos gachupines. ¡Eh! ¡errr! al diablo, mujeres, largo de aquí, no vengan con lloros y gritos á interrumpir la justicia. No hay perdón, ¡fuera! y sobre todo, al generalísimo y no á mí, tienen que llorarle.

Entre tanto, Cayetano se acercó á las lumbres, que por intervalos dejaban asomar una llama amarillenta, y las jóvenes vieron un hombre alto, nervudo, de rostro tostado, con un ancho sombrero, un sable, y dos pistolas en el cintó, y un largo puñal en la mano. El puñal, la camisa, la cara, las manos, todo el cuerpo de Cayetano estaba salpicado de sangre.

Teresa cayó desvanecida, y Manuela se acercó con un paso firme. Cayetano levantó el puñal para amenazarla, y con una voz de trueno dijo:

—He dicho que no hay perdón: ¡atrás!

Manuela se descubrió, y Cayetano, asustado, abrió la boca y dejó caer lentamente el brazo que había levantado.

—Cayetano, le dijo Manuela, te vengo á pedir un favor.

—¡Señora generala! Su compasión ha de perder á vd. Tonto de mí que iba á herir á la más completa mujer que anda en las filas de los insurgentes. Pero, señora, dígame vd. ¿qué anda haciendo sola y á estas horas de la noche?

—Te buscaba, Cayetano, para pedirte un favor, que no me rehusarás.

—No, por cierto, señora generala. Si exige vd. que me parta el corazón con este puñal, lo haré al momento.

—Gracias. Sé cuánto me estimas, y de ahí viene que yo tenga la idea de que me entregues dos prisioneros.

—¿Dos prisioneros? ¿Y para qué?

—Para devolvérselos á una niña de dieciséis años, hermosa y pura, como la Virgen de Zapopan.

—¡Ta ta! murmuró el baladrón. Eso está malo; pero si trae vd. una orden del generalísimo, se los entregaré.

—No traigo orden ninguna y sólo fío en tí.

—¡Eh! ¡Eh! Pues señora generala, yo no puedo hacer lo que vd. me dice. Ya ve vd. que tengo orden de matarlos á todos, y además, yo digo á vd. que no puedo, por-

que he hecho voto á la Virgen de Zapopan de no dejar uno de esos con hueso sano, y la Virgen me castigará.

Manuela sonrió amargamente. Luego, con una voz persuasiva y halagando la superstición del verdugo, prosiguió:

—Es verdad que la Virgen podría enojarse contigo; pero antes de venir le he rezado, y ella me inspiró la idea de que te viniera á ver á tí, y no á otro, y en ese caso ves que la Virgen, lejos de enfadarse, te lo agradecerá.

—Vd., señora generala, es una santa, y debo creerlo así....

—Sí, créelo, y además yo te lo agradeceré, y te lo recompensaré; al decir esto le puso en la mano una bolsa llena de oro.

—¿Oro, señora generala? Por la Virgen que tengo bastante. No busco oro, sino sangre, venganza.

—¡Infame! ¡asesino! murmuró Manuela á media voz.

—Señora generala, he dicho á vd. que quiero sangre, y que no puedo dar á vd. á los presos que me pide.

—Mi esposo te castigará.

—Poco me importa, respondió con desdén Cayetano, alejándose; Manuela corrió á él, tomóle las manos sangrientas, diciéndole con la voz ahogada por el llanto:

—Piedad, concédeme el único favor que te he pedido.

—Por la Virgen, señora generala, que se levante vd. Todo lo que quiera vd. le concederé, porque tendría miedo de atraerme la cólera y el enojo de una santa y valiente insurgenta.

—Dios te perdone tus culpas por esta buena acción que haces, Cayetano.

Cayetano se santiguó.

—A una condición entrego á vd. á esos hombres.

—La que tú quieras.

—Que le he de contar á vd. mi vida. Probablemente si después de mi muerte se acuerdan de un pobre diablo como yo, será para decir que fui un verdugo infame. Poco me importa que lo crean; pero si deseo que vd., señora generala, vea que algún motivo he tenido para andar con el puñal en la mano, y el rostro teñido de sangre. ¡Hola, una silla!

Un soldado trajo un banco, y Manuela, sin decir palabra, se sentó en él: Cayetano prosiguió.

—Pues, señora generala, yo tenía una muchachita de quince años, se llamaba Lucesito, sus ojos eran negros como un azabache, su cabello delgado, sus labios encarnados, su rostro morenito, con unos colores como la rosa de Castilla. La muchacha era muy guapa, pues continuamente la

tenía vd. vestida con un castor lleno de canutillo y lentejuelas, un rebozo de seda y unos zapatos blancos. Era preciosa, señora generala, y si vd. la hubiera visto andar en la calle con un salero natural, y dejando ver un pie muy chico y una pierna redonda y lustrosa, la habría llevado á su casa para ponerla bajo un nicho, porque la muchacha parecía de cera.—Yo la quería como á las niñas de mis ojos, y por consiguiente, pensaba que casándome con ella tendría unos hijitos tan bien plantados y guapos como la madre, y que no pensaría más que en trabajar, en ser hombre de bien, y en adornar y requebrar á mi Lucesito. En efecto, junté algún dinero, y dispuse mi casamiento; pero la antevíspera, como iba yo tan precipitado á ver al señor cura, acerté á tropezar casualmente con un señor de uniforme y bastón, y lo derribé en el suelo. Conociendo que esto me podría traer perjuicio, corrí; pero al fin de la calle los alguaciles me detuvieron, y dándome bofetadas, palos y empellones, me llevaron á la cárcel, á pesar de que yo les manifesté que no había yo tropezado sino por una casualidad.—A los ocho días, fui condenado á recibir veinticinco azotes, y justamente el día en que debía yo haberme casado, fui sacado de la cárcel á la picota, seguido de una multitud de muchachos y de gente que me burlaba y escupía. Si hubiera tenido

un puñal, créalo vd., señora generala, me lo habría metido en el corazón.—Representé al juez que era una contingencia la que había sucedido; pero él, volviéndome la espalda, dijo:

—Esta canalla insolente, está muy alzada, y es necesario enseñarla á respetar á la gente decente. Si habla este picaro una palabra, que le den cincuenta azotes en lugar de veinticinco.

No hablé ya más palabra, y colgado de las manos y casi desnudo, recibí veinticinco azotes terribles delante de la casa de Lucésita. Desmayado me condujeron al hospital, y á los cuatro días que salí volé, infamado, ultrajado injustamente, como estaba, á casa de Lucésita, porque no pensaba más que en ella. La encontré pálida, con los ojos saltándosele, la boca llena de espuma, y desgarrado todo el vestido.—Lucésita estaba loca.

Entonces, yo también desgarré mi vestido, golpeé mi cabeza contra las paredes, arrojé maldiciones contra los hombres y... yo no estaba loco, tenía todo el infierno dentro de mi corazón, y quería venganza.—Fué menester renunciar á la esperanza de vivir feliz con esa muchacha tan linda, y que me amaba tanto: fué menester renunciar á tener hijos, y á ser hombre de bien.—Yo no tenía de esto la culpa.—Me metí á torero, porque la sangre tenía para

mi cierto atractivo, y me despertaba la esperanza de derramar así, la de los infames que me habían quitado la felicidad.—Cayetano virtió una lágrima, que se mezcló con las gotas de sangre que tenía en el rostro, y dijo con una voz infernal: Señora generala, he acabado. Saque vd. pronto á esos hombres, porque puedo arrepentirme dentro de un minuto.

Manuela entró á la prisión, y salió acompañada de dos hombres. Teresa estaba en el umbral de la puerta, yerta, y sin dar señales de vida. Uno de los hombres la tomó en sus brazos sin hablar palabra, y todos tres se encaminaron fuera de la ciudad. Detrás de una casa arruinada estaba un criado con tres caballos, que Manuela había mandado preparar antes de salir de su casa: los dos hombres montaron, y uno de ellos colocó á Teresa en la silla, y él montó en la grupa. Antes de ponerse en camino, dijo el que llevaba á Teresa: Señora, las bendiciones de un padre, hagan á vd. feliz en medio de estas escenas de sangre. La obra que vd. acaba de hacer, si no dá á vd. fruto en la tierra, le reservará un alto lugar en el cielo.—Manuela les hizo seña de que partieran, y ellos, dando espuela á los caballos, desaparecieron en breve.

Manuela llegó á su casa, y un momento después Alberto, pálido y desalentado. Na-

da he conseguido, hija mía. Los prisioneros estarán ya muertos.—Y la niña, ¿dónde está?

—Los prisioneros, respondió Manuela, van ya en el camino; pero la niña murió de dolor, y sólo llevan su cadáver.



## Aventura de un Veterano.